

LA DEMOCRACIA Y LA POLÍTICA BAJO DISEÑO.
Algunas configuraciones del capitalismo neoliberal

Democracy and politics by design. Some configurations of neoliberal capitalism
Demokratie und Politik by design. Einige Konfigurationen des neoliberalen Kapitalismus

Leandro Paolicchi

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET),
Universidad Nacional de Mar del Plata, Argentina
leandropaolicchi@hotmail.com

Recibido: 04-02-2021 Aceptado: 12-03-2021

Leandro Paolicchi es Doctor en Filosofía (UNLa, Argentina). Se desempeña como docente dentro de la Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Mar del Plata (Argentina). En la actualidad es Investigador Asistente del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Como becario del Deutscher Akademischer Austauschdienst (DAAD) ha realizado estudios doctorales (2012) y postdoctorales (2014) en la Goethe Universität de Frankfurt am Main bajo la dirección de Axel Honneth. Es autor de los libros “Discurso y Facticidad” (Mar del Plata, Suárez, 2009) y “Praxis, sentido y normatividad. Hacia una reconstrucción pragmática de las acciones humanas” (Buenos Aires, Prometeo, 2014). Sus principales líneas de investigación son las teorías del discurso, la filosofía política y la filosofía contemporánea, especialmente referidas a la Escuela de Frankfurt.



Cita sugerida: L. Paolicchi (2021). La democracia y la política bajo diseño. Algunas configuraciones del capitalismo neoliberal. *Erasmus. Revista para el diálogo intercultural*, 23.

Resumen

En el trabajo se procuran reconstruir algunas posiciones de los principales representantes del neoliberalismo fundacional con respecto a la democracia, la política y a los sujetos que las transforman. La referencia aquí son algunas obras clásicas de la corriente neoliberal norteamericana, la escuela austríaca y también los ordoliberales alemanes. El objetivo es dejar al descubierto las transformaciones que operan algunas ideas neoliberales sobre el cuerpo social y sus implicancias en alto grado problemáticas cuando se las intenta llevar a la práctica como, por ejemplo, las derivas semi autoritarias de sus ideas de la democracia y el estado.

Palabras clave: Neoliberalismo; Democracia; Estado; Política.

Abstract

The article tries to reconstruct some positions of the main representatives of the founding neoliberalism with respect to democracy, politics and the subjects that transform them. The reference here are the classic works of the north american neoliberal current, the Austrian school and also the German ordoliberals. The aim is to expose some transformations that neoliberal ideas operate on the social body and their highly problematic implications when trying to put them into practice, such as the semi-authoritarian drifts of their ideas of democracy and the state.

Key words: Neoliberalism; Democracy; State; Politics.

Zusammenfassung

Der Artikel versucht, einige Positionen der Hauptvertreter des Neoliberalismus in Bezug auf Demokratie, Politik und die Subjekte, die sie transformieren, zu rekonstruieren. Die Referenz hier sind die klassischen Werke der nordamerikanischen neoliberalen Strömung, der österreichischen Schule und auch der deutschen Ordoliberalen. Ziel ist es, einige Transformationen aufzudecken, die neoliberale Ideen auf den sozialen Körper ausüben, und ihre äußerst problematischen Auswirkungen, wenn versucht wird, sie in die Praxis umzusetzen, wie beispielsweise die halbautoritären Abweichungen ihrer Vorstellungen von Demokratie und Staat.

Schlüsselwörter: Neoliberalismus; Demokratie; Staat; Politik.

Introducción

La primera dificultad que se encuentran los estudios en torno al neoliberalismo es la propia categoría “neoliberal” usada para definir y caracterizar ciertas prácticas o regímenes. El neoliberalismo, no sólo parece ser una palabra central en nuestro vocabulario político actual, sino que parece ser usada en múltiples ocasiones. Todo el tiempo escuchamos ese vocablo y sus derivados en las alocuciones de políticos, periodistas o gente simplemente interesada en la política. Muchas veces, en estos intercambios, la palabra neoliberal o neoliberalismo es lanzada al otro como una especie de descalificación general de su pensamiento, por lo que es raro en estas latitudes la existencia de algún político, incluso los que coinciden en muchos aspectos con líneas centrales de esta ideología, que se llamen a sí mismo neoliberales. De cualquier manera, esto parece ser un fenómeno, no sólo argentino o latinoamericano, tierras de aplicación de designios neoliberales, sino un rasgo general.

Una primera reacción académica frente a este hecho ha sido naturalmente la desconfianza y el escepticismo. Los académicos meticulosos tienden a ver con malos ojos cuando un concepto es usado con sentidos tan diversos, e incluso opuestos: una discusión requiere de un largo trabajo de aclaración sobre el significado de ese término. Más fácil es simplemente dejar de utilizar en los trabajos científicos esos significantes y reemplazarlos por otros más precisos. La palabra neoliberal o neoliberalismo sería uno de estos casos, por lo que con gusto podríamos dejar su uso para el habla cotidiana y reservar formas menos ambiguas para los trabajos científicos.

En este punto puede decirse, para desgracia de esos estudiosos, que la mayoría de los términos referidos a tradiciones intelectuales o ideologías políticas adolecen de ese “defecto”. Si prestamos atención a esas mismas discusiones en donde aparecen las palabras neoliberal o neoliberalismo puede llegar incluso a usarse con similar ambigüedad términos como populismo, liberalismo y lo mismo sucede con frecuencia con Estado, democracia y política. Esta circunstancia podría estar hablándonos de la ambigüedad de las

experiencias políticas en sí mismas por lo que las esperanzas de un uso no equívoco de esos conceptos se verían postergadas nuevamente.

Tal vez se producirían menos confusiones si asumiéramos desde un principio un rasgo básico, no sólo de las experiencias políticas – su amplitud, ambigüedad e inabarcabilidad – sino también de nuestros lenguajes cuando tratamos de apresar esas experiencias. En función de las características de lo político, todo lenguaje que procura captarlo está obligado a un permanente ejercicio de redefinición, de ajuste que nos ponga en condiciones de comprender más adecuadamente lo que constituye y define a determinados fenómenos. Asimismo, no podemos evitar que casi la totalidad de los conceptos usados en los estudios políticos sean utilizados en el habla cotidiana con una soltura que no está bien vista en aquellos lugares donde se trata de estudiar científicamente la política. Existe un feedback inevitable y necesario entre el lenguaje técnico y el habla cotidiana en todas las sociedades que requiere de un ejercicio de ajuste conceptual constante.

Hechas estas aclaraciones, deben hacerse otras antes de entrar en nuestro tema en particular. Cuando se estudia al neoliberalismo suele distinguirse entre el neoliberalismo como “proyecto intelectual” o corpus de ideas y el “realmente existente” en diferentes países y regiones. (Biebricher, 2018, p. 8) A mi entender, cuando se examina al neoliberalismo deben tenerse en cuenta ambas dimensiones pues quedarse en el plano de las ideas puede hacernos perder de vista las consecuencias altamente negativas que estas políticas tienen en las regiones donde se aplican. De todas maneras, empezar y quedarse en el plano de la praxis neoliberal puede hacer que no identifiquemos políticas que son neoliberales o adscribamos al neoliberalismo prácticas que no le son propias y pertenecen a otro conjunto de tradiciones intelectuales o simplemente al capitalismo.

Así, por ejemplo, una forma muy utilizada de caracterizar al neoliberalismo es empezando por un conjunto de políticas económicas. (Brown, 2016, p. 30) De esta manera se enumera:

- Desregulación total de los mercados (*laissez faire*)
- Desregulación de flujos de capital

- Reducción de las prestaciones del estado
- Privatizaciones de bienes públicos
- Anulación de políticas de redistribución de la riqueza
- Aumento del capital financiero por sobre el capital productivo

Ahora bien, ¿por qué adscribimos esas y no otras políticas como típicas del neoliberalismo? ¿Qué se toma como referencia cuando se señalan esas prácticas y no otras como, por ejemplo, la promoción de un sujeto calculador en todos los ámbitos de la vida? Puede decirse que la referencia son estados y políticos que se llaman a sí mismos neoliberales y ponen en práctica esas políticas. Pero ¿cuáles son los políticos que se llaman a sí mismo neoliberales? Es decir, este tipo de enumeraciones debe tener un referente teórico además del eminentemente práctico o ser parte de una definición previa de neoliberalismo pues si no, puede suceder lo siguiente: algunas de esas políticas no se encuentran en la tradición neoliberal y pueden ser detectadas en otras tradiciones, por ejemplo, en las viejas críticas al capitalismo como las de Lukács o no identificar experiencias que sí pertenecen al neoliberalismo.

Las relaciones teoría y praxis siempre son complejas y aquí las hubo de diversas formas. El discurso neoliberal no se contentó con quedarse en el plano intelectual sino que algunos de sus representantes trataron de ejercer influencia directa en las políticas de diferentes gobiernos o pensaron en sujetos políticos que pudieran transformarse en los portadores de sus proyectos. Rastrear el correlato práctico del neoliberalismo es fundamental para entenderlo, pero antes hay que cartografiar también sus líneas teóricas.

Por cuestiones de espacio naturalmente voy a concentrarme en el discurso neoliberal y dejar para otros trabajos (o para la discusión) sus implementaciones prácticas. Esto por supuesto representa un conjunto de problemáticas *sui generis*. Son prácticamente nulos aquellos que se llaman a sí mismo neoliberales y quienes usaron ese término para designarse a sí mismos lo hicieron hace ya mucho tiempo. Cuando uno se remite a estos autores también se enfrenta a la amplitud de planteos posibles de ser calificados de esta manera y lo problemático

de ello es dónde trazar la línea entre aquello que puede ser calificado de neoliberal y aquello que no.

Los intentos de caracterización del neoliberalismo tal como fue pensado por sus teóricos, su historia y sus ideas han sido múltiples. En muchos de estos ensayos se ha buscado un núcleo conceptual que aunara a todos los liberales o algún tipo de esquema de políticas públicas que fuera común a sus planes de gobierno. Todos ellos han tenido algún tipo de dificultad que obligó a introducir excepciones o cometer algún tipo de arbitrariedad en sus clasificaciones. Como se ha afirmado (Biebricher, 2018, p. 12), no hay un solo neoliberalismo.

Una primera referencia más o menos segura en este punto pueden ser los participantes del Coloquio Walter Lippmann de París en 1938 y luego los asistentes a la fundación de la Sociedad Mont Pelerin en Ginebra en 1947. Allí participaron los principales representantes de lo que luego serían las más importantes corrientes de lo que se llama neoliberalismo, es decir, Friedrich Hayek, Ludwig von Mises o Alexander Rüstow. Claramente esto reduce los inconvenientes que un estudio del discurso neoliberal representa, sin embargo, no los agota. Por lo que voy a optar por seleccionar al menos una problemática en común a todos ellos para poder, a partir de allí, rastrear las posiciones que se han tomado en torno a ella. En este sentido, la referencias serán primero algunos escritos clásicos de Hayek (2001) y Friedman (1980 y 2014) y luego una selección de obras de los ordoliberales alemanes como Eucken (2017) y Rüstow (2017). Allí se hará foco en sus deliberaciones en torno a la democracia y a las relacionadas con ella internamente como es la práctica y los sujetos de la política.

Más allá del análisis económico

Tal vez uno de los rasgos más interesantes y por lo que han sido atractivos para su estudio es que si bien sus fundadores han surgido de la economía y sus preocupaciones centrales han rondado en torno al mercado, sus reflexiones se

han extendido largamente más allá de las económicas para abarcar otro conjunto de temáticas en común con las ciencias sociales y la filosofía.

Este camino hacia este conjunto de preocupaciones que no son centrales a su pensamiento estuvo marcado sin embargo desde el inicio. Después de todo, lo que los lleva a reunirse en París y luego fundar la sociedad Mont Pelerin no son preocupaciones exclusivamente económicas, sino relacionadas con la historia y el destino de una ideología política en decadencia y amenazada en su existencia, según su punto de vista, como es la ideología liberal. El conjunto de condiciones que ponían en peligro la vigencia de esa tradición eran tanto históricas como intelectuales, estas últimas surgidas en función de las primeras.

Si hay que hacer un breve *racconto* de las condiciones históricas que los padres fundadores del neoliberalismo consideraban un indicio del retroceso de la ideología liberal una primera fueron sin duda las dos guerras mundiales acontecidas en Europa en 1914 y 1939. La idea del reinado de un conjunto de libertades que garantizaban el progreso y el bienestar del conjunto de la población se vino abajo con las conflagraciones bélicas que azotaron Europa en esa época.

No obstante, también dos respuestas históricas o dos consecuencias a esos eventos fueron consideradas el camino erróneo en la restauración de la tradición liberal que tanto los preocupaba. Sin duda, uno de los grandes adversarios a toda la tradición neoliberal es el keynesianismo y su reconstrucción de un estado interventor en cuestiones de precios, trabajo, salud y educación. Pero antes que Keynes y su idea del estado, el gran enemigo es lo que ellos llamaban el colectivismo, representado en esos momentos por el régimen soviético y sus adláteres fascistas alemanes e italianos. Quien es más claro, directo y fundacional en este punto es el propio Hayek (2000, p. 38):

Sería un error creer que fue lo alemán específico, más que el elemento socialista, lo que produjo el totalitarismo. Fue el predominio de las ideas socialistas, y no el prusianismo, lo que Alemania tuvo en común con Italia y Rusia; y fue de las masas y no de las clases impregnadas de la tradición prusiana y favorecidas por ella de donde surgió el nacionalsocialismo.

De cualquier manera, lo interesante y que nos lleva directamente a la reconstrucción de un conjunto de problemas políticos dentro de las especulaciones neoliberales es un punto de crítica dirigido no contra corrientes externas, sino contra un punto central dentro de sus propias filas. En el seno del pensamiento neoliberal existe la convicción de que no son sólo problemas externos los que ponen en cuestión la validez y la vigencia de esa ideología sino que existen problemas dentro del propio liberalismo poniendo obstáculos a su desarrollo y a su capacidad de respuestas a las crisis fatales de las cuales son contemporáneos.

Desde este punto de vista, comienza a desarrollarse una línea de crítica que insiste en la necesidad de reformular las ideas de los pensadores centrales del liberalismo clásico. Ya no es posible tomar como tales las ideas de Adam Smith o David Ricardo y utilizarlas como clave para repensar esa ideología. La idea de modernizar el liberalismo haciendo frente a los errores del viejo liberalismo es la manera como piensan los neoliberales que pueden estar a la altura del desafío que representan el keynesianismo y el colectivismo en todas sus formas.

Este tipo de revisiones no son menores, pues conciernen a diversos aspectos fundamentales como la importancia otorgada a la libertad individual o, ni más ni menos, que al funcionamiento de los mercados. Concretamente, los neoliberales reprochan a sus antecesores una concepción errónea acerca del desarrollo de los mercados y su relación con las otras esferas centrales de la sociedad. En este punto, algunos de los neoliberales tratan de revertir esa convicción tan difundida de que los mercados no deben ser intervenidos en su dinámica interna y deben ser dejados a su automatismo o al gobierno de sus leyes naturales. Es uno de los motivos más pronunciados de algunos de los neoliberales abandonar esas políticas de *laissez faire*. Esto puede sin duda parecer sorprendente, pues es una de las opiniones más difundidas asociar directamente neoliberalismo con *laissez faire*. No obstante, mientras que esa idea es típica en los liberales clásicos aparece bajo revisión en los neoliberales al punto de que una revitalización del ideal liberal depende de una ruptura más o menos pronunciada con la idea de un mercado que se auto regula.

En este punto, Milton Friedman constituye una excepción. Si bien ha afirmado:

Del mismo modo que ninguna sociedad funciona completamente en base al principio jerárquico, tampoco hay ninguna que lo haga de manera exclusiva en base a la cooperación voluntaria. Toda sociedad tiene algunos elementos de imposición, que adoptan varias formas. Pueden ser tan sencillos como el servicio militar obligatorio o la prohibición de la compraventa de heroína o ciclamatos, o legislaciones que obliguen a tomar determinadas iniciativas o a desistir de ellas. O bien, en el otro extremo, pueden ser tan sutiles como la imposición de pesados gravámenes a los cigarrillos para que se deje de fumar, una sugerencia, sino una orden, de algunos de nosotros a otros miembros de la comunidad” (Friedman, 1980, p. 27-28).

Friedman ha sido quien más ha procurado continuar con el precepto smithiano de la libre circulación y del sistema de precios como dinámica interna reguladora.

Así sostiene:

El mérito de Adam Smith consistió en reconocer que los precios que se establecían en las transacciones voluntarias entre compradores y vendedores – para abreviar, en un mercado libre – podían coordinar la actividad de millones de personas, buscando cada una de ellas su propio interés, de tal modo que todas se beneficiasen. Fue una brillante idea en aquel tiempo, y lo sigue siendo ahora, que el orden económico pudiese aparecer como una consecuencia involuntaria de los actos de varias personas en busca, cada una, de su propio beneficio. (Friedman, 1980, p. 31)

De todas maneras, y dejando de lado a Friedman, tanto los ordoliberales como James Buchanan ubican esta idea errónea del funcionamiento de los mercados a la base de las reacciones colectivistas en las cuales es el estado el que dirige la economía. La defensa del *laissez faire* no puede sino hacer colapsar los mercados y alimentar los argumentos de aquellos que creen en el estado como gran reparador de esos colapsos. En este punto, también Hayek (2000, p. 47) es bien explícito:

No hay nada en los principios básicos del liberalismo que hagan de este un credo estacionario; no hay reglas absolutas y establecidas de una vez para siempre. El principio fundamental, según el cual en la ordenación de nuestros asuntos debemos hacer todo el uso posible de

las fuerzas espontáneas de la sociedad y recurrir lo menos que se pueda a la coerción, permite una infinita variedad de aplicaciones.

Un poco más abajo:

Probablemente, nada ha hecho tanto daño a la causa liberal como la rígida insistencia de algunos liberales en ciertas toscas reglas rutinarias, sobre todo en el principio del *laissez faire*. (Hayek, 2000)

Naturalmente esto no significa que los mercados no tengan importancia, más bien al contrario. Pero como los mercados deben estar en el centro del funcionamiento de las sociedades, estos no pueden dejarse solos en su funcionamiento, sino que debe prestarse detallada atención a las *condiciones no económicas* que hacen al correcto desarrollo de estos. Si se quiere matizar la idea común del neoliberalismo puede afirmarse que las intervenciones políticas se dan en las condiciones marco del desarrollo de los mercados para que estos puedan desplegarse adecuadamente sin mayores intervenciones. Más bien se podría decir que, como su principal preocupación político ideológica es el liberalismo, se debe dejar a un lado una idea fundamental que defendieron Adam Smith o David Ricardo para que esa tradición política puede continuar con vitalidad.

Es de esta manera como se ha caracterizado a la problemática principal que ocupa a todos los pensadores neoliberales: determinar las correctas condiciones para el normal funcionamiento de los mercados. (Biebricher, 2018, p. 26) Es esto lo que los ha llevado a pensar el estado, la democracia, y la política. Incluso la ciencia y la economía misma han sido tematizadas bajo esta misma mirada. No voy a poder abarcar, como dije, todos estos aspectos, ni por supuesto todas las ideas que tanto los ordoliberales, como la escuela austríaca o los neoliberales norteamericanos presentaron al respecto. Me concentraré por esto en la mirada que tienen sobre la democracia como sistema de gobierno y finalmente en su idea de la política como actividad propia de ese sistema.

Configuraciones democráticas bajo el neoliberalismo

No hay en este punto visiones unánimes sobre el funcionamiento de la democracia. De todas formas, los fenómenos colectivistas a los cuales los neoliberales tienen en el centro de sus críticas no aparecen disociados enteramente de la democracia en la medida en que esta forma de gobierno puede representar un *pasaje* a esos fenómenos catastróficos del siglo XX. Así, la democracia en general y tal como es practicada en occidente es *a priori* un elemento altamente *problemático* para los neoliberales cuando se trata de auscultar las condiciones no económicas del correcto funcionamiento de los mercados. Es un elemento disruptivo en la búsqueda de relaciones armoniosas entre el estado y el mercado.

Al mismo tiempo, muchos de los neoliberales se cuidan particularmente de parecer anti democráticos por lo que se preocupan de rescatar alguna forma de democracia existente en el pasado con alguna aproximación o de alguna idea de democracia que todavía no se ha realizado en las democracias occidentales. De todas maneras, algunas de las variantes neoliberales como los ordoliberales o Hayek con sus críticas profundas a los procedimientos democráticos y parlamentarios y su desconfianza total en las mayorías no pueden evitar acercarse en determinados momentos a ideales no democráticos.

Naturalmente, un rasgo liberal se impone todavía cuando se trata de evaluar el funcionamiento de la democracia en su forma actual. Un trazo que se repite en las consideraciones de todos los neoliberales es el miedo a que la democracia devenga algo así como una forma de gobierno ilimitada en la cual el interés de una mayoría se imponga sin más por sobre el resto de la sociedad sin ningún tipo de límite. Este es como el rasgo más “clásico” si se lo relaciona con las viejas formas de liberalismo que los neo quieren continuar e incluso es un aspecto que ciertas formas de pensamiento progresista podrían acordar.

Aquí el caso típico es nuevamente Hayek y sus preocupaciones en torno a la idea de soberanía parlamentaria. Hayek defiende con vehemencia la idea de un gobierno de la ley por sobre cualquier individuo y, por lo tanto, la concepción según la cual la soberanía recae en última instancia en el parlamento o en alguna

otra institución es siempre una amenaza para el imperio de la ley. Una forma de soberanía última de la cual emana toda ley, operante en todo momento, es un camino seguro hacia alguna forma de democracia en la cual no existen límites a ese poder instituyente y por ello es una democracia deficiente. Para Hayek, la idea de soberanía no debe ser incompatible con una manera de ejercer ese poder limitado por la positividad del derecho. La soberanía ilimitada solo puede darse momentáneamente en determinados períodos históricos como pueden ser las reformas constitucionales. Pero una vez que ese lapso se cumple, toda forma de soberanía de encontrarse contenida por algún tipo de norma que opere por sobre ella. Las precauciones frente a todo lo que pueda devenir un estado totalitario los hace críticos de cualquier forma de ejercicio del poder soberano.

Este rasgo del pensamiento neoliberal, casi un eco de las antiguas opiniones liberales, aparece también en Friedman y Buchanan. Una mayoría que se constituye en poder y carece de los controles que puede significar la ley es siempre una amenaza. De todas maneras, este aspecto, que podría considerarse plausible, está unido en los neoliberales con la defensa de la capacidad de ciertas elites de conocer e implementar las mejores soluciones a los problemas de las democracias. La crítica de las mayorías está casi siempre unida a la convicción de que son determinadas elites ilustradas las que pueden ejercer el poder con respeto a la ley y en acuerdo con un mercado dador de bienestar general. La soberanía limitada se complementa con una tecnocracia eficiente.

Así, uno de los principales rasgos del que casi todos los neoliberales desconfían es el *pluralismo* de la democracia, entendido como un conjunto de grupos que persiguen y tratan de imponer intereses particulares. La desconfianza de algunos como Friedman o Buchanan es también hacia alguna forma estado fuerte que compense el poder que tienen estos grupos. Sin embargo, otros neoliberales como Eucken piensan en un estado que sea capaz de preservar algún tipo de interés general por sobre los intereses particulares de los grupos de presión. Esto también ha acercado a algunos ordoliberales, no solo a ciertos rasgos hegelianos, aunque menos sustancialistas y solo focalizados en

los ciudadanos como consumidores, sino a ciertos compromisos semi autoritarios.

Naturalmente la idea de grupos persiguiendo intereses particulares y la de individuos que funcionan como consumidores lleva a un tópico central, casi un lugar común cuando se habla de neoliberalismo, como es el concepto de *homo economicus*. Algunos creen que esta figura y su extensión a todos los ámbitos de la vida en sociedad es el trazo distintivo del neoliberalismo:

El objetivo [de hablar de economización de todas las actividades de la vida por parte del neoliberalismo] es que la racionalidad neoliberal disemina el modelo del mercado a todas las esferas y actividades – incluso aquellas en que no se involucra el dinero – y configura a los seres humanos de modo exhaustivo como actores del mercado, siempre, solamente y en todos los lados como *homo economicus*. (Brown, 2016, p. 36)

Ahora bien, cuando se rastrea el discurso de los iniciadores se detecta que esta figura es central en el pensamiento de Buchanan, aunque también en Friedman y Hayek. Friedman, por ejemplo, dice:

La obsesiva preocupación por el mercado económico ha dado una angosta interpretación del concepto de interés personal como egoísmo miope, como el exclusivo interés por las ganancias materiales inmediatas. Se ha censurado la economía porque, según se afirma, llega a conclusiones trascendentales a partir de un “hombre económico” imaginario, que es poco más que una máquina calculadora, sensible a los meros estímulos monetarios. Esto es un gran error. El interés personal no equivale al egoísmo miope, sino que engloba a todo cuanto interesa a los participantes en la vida económica, todo lo que valoran, los objetivos que persiguen. El científico que intenta ensanchar las fronteras de su disciplina, el misionero que se esfuerza por convertir a los infieles a la verdadera fe, al filántropo que trata de aliviar los sufrimientos del necesitado, todos ellos procuran colmar su interés personal de acuerdo a sus propios valores. (1980, p. 48)

El desarrollo de esta noción en el caso de Buchanan ha llevado a una visión de la democracia en la cual solo existen grupos o individuos privados que solo buscan de los políticos beneficios de todo tipo, los cuales intercambian favores

o prebendas por permanencia en el sistema político. Esta manera de concebir el funcionamiento del sistema político democrático a su vez ha llevado a una representación muy escéptica, o realista dirían algunos, (a la que se llama “rent seeking democracy”) que termina de caracterizar a la democracia como un sistema que piensa siempre sólo en el corto plazo y en el cual unos pocos explotan a una mayoría.

Esta concepción del funcionamiento político democrático termina de identificar otro de los enemigos constantes del pensamiento político neoliberal: grupos de interés que buscan ejercer influencia o directamente manejar el sistema político en función de obtener beneficios particulares en detrimento del resto de los grupos o los individuos. La peor de las consideraciones en esta dinámica se la llevan, no obstante, los partidos políticos en tanto encarnaciones institucionales o castas que viven de y a costa de los intereses de grupos particulares. Pareciera ser que el ideal de sociedad de los neoliberales es un conjunto de individuos aislados -una “civilización individualista”, según Hayek (2000, p. 14)-, comportándose como consumidores y de esta manera promoviendo la competencia entre aquellas empresas que buscan su voto económico, el consumo. Cualquier grupo organizado que ejerza un lobby para obtener del estado o de la clase política algún tipo de beneficio en detrimento del resto de los individuos es visto como pernicioso, pues consolida un vínculo parasitario entre estado y grupos lobbystas, considerando a los partidos políticos como principales responsables de esta dinámica. La solución frente a este tipo de relación es para algunos un estado fuerte que se aísla de la presión de esos grupos y busca preservar algún tipo de interés general por el orden competitivo. Otros desconfían de cualquier forma de estado fuerte y por ello se limitan simplemente a criticar estas formaciones que buscan obtener beneficios a expensas de los individuos de la sociedad.

La confrontación con la democracia plural - el sistema político que le sirve de plataforma - tiene otro punto de choque en la comparación con el mercado como transmisión de preferencias. Este es otro punto en común de todos los neoliberales, aunque con diferente grado de intensidad. Para todos ellos el mercado es una forma mucho más eficiente que los mecanismos previstos por

la democracia para la transmisión de las preferencias de los individuos de una sociedad. Podría decirse que la democracia funciona mejor cuando hay consumidores que cuando hay individuos que votan o se movilizan detrás de cualquier consigna política.

En este sentido, un primer argumento esgrimido por Friedman es que votar es como dar un cheque en blanco con el cual el político votado tiene una libertad de movimiento que lo hace optar por acciones a veces no deseadas por sus votantes. (Biebricher, 2018, p. 99) Mientras que en el mercado uno compra productos específicos y no se compromete con marcas o líneas de productos a largo plazo a no ser por propia voluntad y aun así siempre se puede romper este compromiso en cualquier momento. En política no se puede decir al año de transcurrida una elección “quiero votar de nuevo”.

Otro argumento en este sentido es que en el mercado político uno sólo puede elegir un tipo de candidato por jurisdicción mientras que en el mercado de productos uno puede dividir su dinero en varios productos de diferentes marcas. Se puede cortar boleta entre diferentes partidos pero no puedo nunca votar a dos candidatos que me gustan de una misma categoría. En el mercado de productos puedo comprar dos bebidas del mismo tipo pero de marcas diferentes. A esto debe agregarse, según Friedman, que a veces el voto resulta desperdiciado en función del resultado de las elecciones. Por ejemplo, uno vota para obtener algún tipo de resultado pero la fracción política resultante no gana o no accede a los escaños apuntados. En el mercado, según Buchanan, el dinero siempre compra, es decir siempre accede a lo que puede.

Otro argumento, un poco más sólido, se refiere al tipo de *información* que motiva las elecciones en la política y en el mercado. Debido a que el voto en política en ocasiones carece de un valor decisivo, el votante se ve desalentado o informarse respecto a sus candidatos y al tipo de políticas que promueven. Si, por las dimensiones de nuestras democracias, yo sé que mi voto no va a ser decisivo en la elección de ningún candidato, la cantidad y calidad de información que voy a tratar de recabar para ejercer mi derecho a voto es baja. Se dice: la cantidad y la calidad de la información no aumenta o disminuye el valor de mi voto. En cambio, en el mercado de bienes, la cantidad y la calidad de información

si aumenta el valor de mi decisión. Cuanto más sé de un producto o de varios y los comparo, mejor va a ser mi elección.

Esta serie de argumentos de todas maneras no apunta en los neoliberales a reemplazar al sistema político por las decisiones de los consumidores del mercado. Más bien su intención es mostrar que en ciertos niveles, los mercados son formas más perfectas de democracias y por lo tanto intervenirlas desde el sistema político es un despropósito. Podría decirse que, como mecanismo de coordinación, el mercado en ciertos niveles funciona mucho mejor que las democracias de gran escala y por lo tanto debe extenderse la lógica de asignación de preferencias del mercado tanto como se pueda.

De todas maneras, esta comparación entre la política y los mercados promovida por Friedman y Buchanan tiene varios puntos débiles. Un primer punto señalado es que la noción de igualdad juega un rol fundamental en el sistema político mientras que en los mercados de bienes la capacidad adquisitiva de los que participan en él son altamente desiguales. Mientras que el sistema político establece un sistema de igualdades formales, no existe algo así en el mercado. La constitución establece el derecho a voto para todos sin distinción de raza o género, el mercado carece de cualquier normativa que establezca una igualdad de capacidad adquisitiva para todos los consumidores. Sólo un estado con políticas explícitas de redistribución de la riqueza puede acercarse al ideal del estado de derecho. Se podrá decir que en el sistema político la igualdad es solo formal y que una cantidad importante de derechos son solo ejercidos por quienes tienen la capacidad efectiva (económica) para ejercerlos. Pero claramente son dos problemas diferentes: uno es que exista una legislación y no se cumpla, otro es que no haya legislación en absoluto.

Obviamente esta comparación entre democracia y mercados deja al descubierto implicancias más importantes que las señaladas anteriormente. Por un lado entiende el proceso político casi exclusivamente desde el punto de la competencia. Los individuos compiten entre sí por imponer sus preferencias y los grupos políticos compiten por obtener las preferencias de los sujetos. A la vez asume que las preferencias ya están fijadas previamente y que no pueden formarse en el curso de la deliberación pública, y por esto deja de lado

precisamente estos procesos de deliberación que son clave en el funcionamiento de las democracias contemporáneas.

A esto debe agregarse también que esa comparación asimila claramente al ciudadano con el consumidor de productos. Mientras que desde una perspectiva realista del funcionamiento del sistema político se podría decir que la política tiene mucho de un consumidor que elige un producto de su preferencia es desacertado reducir todo el funcionamiento a este tipo de comportamiento. Para el pensamiento neoliberal, los bienes políticos solo los producen los políticos y los ciudadanos “consumen” estos productos. En la misma terminología neoliberal podría replicarse que los bienes políticos no los producen naturalmente solo los políticos sino que los ciudadanos son responsables también de muchos de ellos.

La praxis política en el camino hacia el neoliberalismo

Más allá de que una idea que tienen de la política puede atisbarse en los temas anteriormente tratados, me gustaría hacer foco en esta sección sobre la mirada en concreto que tienen de la *praxis* política y, sobre todo, de aquella que debe tratar de acercar a la realidad las ideas que tienen sobre el estado, la democracia o el mercado. Cuando se pone el foco de esta manera en las relaciones entre la teoría y la práctica la cuestión que se manifiesta de inmediato es la identificación de un grupo social o político que debe ser el portador de esa praxis política o al menos la discusión de si algún sujeto es capaz de llevar adelante esa praxis. Trasladado al pensamiento neoliberal la pregunta sería acerca de si existe y cuál es el sujeto de las políticas neoliberales. Se podría pensar rápidamente que, en función del descrédito del que gozan los políticos en general en sus planteos, los teóricos neoliberales piensan en los empresarios como sujeto de las transformaciones, en los tecnócratas, en los individuos aislados o en ningún tipo de sujetos. Sin embargo, la cuestión no es tan sencilla y las soluciones son escasas y diversas. Para los neoliberales, el statu quo es algo que debe superarse y por lo tanto no se puede permanecer en el estado actual, algún tipo de transformación y un sujeto que los lleve a cabo es imprescindible.

Interesante desde este punto de vista es ver lo que acontece con algunas de las ideas que los neoliberales presentan en sus críticas al presente del capitalismo. Muchas de estas ideas presuponen un tipo de condiciones para funcionar que si se dieran estas condiciones haría irrelevantes las propuestas que los neoliberales presentan. O también, en las actuales condiciones las propuestas normativas que sus teorías desarrollan no encuentran sujetos concretos con la motivación para implementarlas. Es decir, el pensamiento de los neoliberales en términos de relación teoría y praxis está atrapado en dilemas que muchas veces no pudo sortear.

De todas maneras, algunos teóricos sí han identificado un sujeto que debe llevar adelante las transformaciones para superar los inconvenientes de una democracia plural, aunque estos actores como tales a veces no existen en la realidad sino que deben ser *formados*. Tanto Eucken como Röpke optaron por alguna forma de burocracia ilustrada a la manera de la clase universal de Hegel. Implícitamente Eucken y más explícito en Röpke (1950, p. 305 y ss.), ambos piensan en una especie de servicio civil que debe llevar a cabo de manera *tecnocrática* el conjunto de reformas para asegurar un orden competitivo.

Más interesante parece otro tipo de salida de estos dilemas ante los cuales los pone la relación entre teoría y praxis política. Tanto Rüstow como Hayek concibieron la posibilidad de una *dictadura transitoria* como instrumento para implementar el conjunto de políticas del neoliberalismo. Aquí las similitudes con el pensamiento de otros autores por fuera de la tradición liberal como Carl Schmitt resaltan con fuerza y de una manera explícita, por ejemplo, en una conferencia que da Rüstow en el año 1929 que se llama precisamente “Dictadura dentro de los límites de la democracia” (Biebricher, 2018, p. 143)¹ y en la cual los análisis de las limitaciones de la República de Weimar están basados en los análisis de Schmitt. Si bien la solución es diferente, pues de los cuatro elementos en que se basa el diagnóstico, Rüstow propone acentuar o dar un poder ilimitado

¹ La conferencia se dio en Berlín en la Deutsche Hochschule für Politik y se publicó con el nombre “Diktatur innerhalb der Grenzen der Demokratie. Dokumentation des Vortrags und der Diskussion von 1929 an der Deutsche Hochschule für Politik” en *Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte* 7 (I), pp. 85 – 111. Disponible en https://www.ifz-muenchen.de/heftarchiv/1959_1_5_besson.pdf

temporalmente al canciller y Schmitt lo hace acentuando el elemento presidencial, la salida es la misma: solo la concentración de todo el poder en una figura puede asegurar el conjunto de reformas hacia un orden competitivo. Irónicamente, unos años después de que Rüstow presentara su conferencia, el canciller tan solicitado apareció, pero Rüstow tuvo que emigrar².

El caso de Hayek es aún más interesante para nosotros, pues él contempló esta salida autoritaria en referencia al caso de Chile. En una entrevista que da en 1981 al diario chileno *El Mercurio* dice que él está en contra de las dictaduras de largo plazo pero que, a veces, en algunos países es necesario, por cierto tiempo, tener un dictador y que este puede gobernar de una manera liberal. El objetivo primordial es sacarlos de la amenaza de un régimen totalitario como era el de Salvador Allende. (Hayek, 1981, p. 9) Hayek, como se sabe, también le escribió al dictador portugués Salazar y a Margaret Thatcher. Esta última rechazó las propuestas de Hayek por ser demasiado drásticas para la tradición institucional inglesa. (Biebricher, 2018, p. 146-147)

Interesante también en este punto es el problema tal como lo encara Buchanan, pues en muchos de sus análisis el punto de partida es el mencionado *homo economicus*. Pero muy pronto se da cuenta de que una reforma constitucional es muy difícil cuando se tienen actores políticos, burócratas y ciudadanos actuando de acuerdo al principio de la maximización del interés individual. Buchanan se ve obligado en este punto a suavizar su apuesta por el *homo economicus* y en la necesidad de apelar a algún tipo de interés en los sujetos por reformas a largo plazo. En este punto confluyen las limitaciones de dos apuestas fuertes de los neoliberales, si se tiene en cuenta cómo funcionan en tanto motivaciones para las reformas neoliberales. Por un lado, el mencionado *homo economicus* y por otro la ciencia, que para algunos neoliberales es la llave de todas las reformas. Los argumentos basados en la ciencia económica deben ser en este punto *motivos suficientes* para lograr la adhesión del público para las

² Con la toma del poder por parte de Hitler en 1933, las políticas implementadas no sólo empezaron a estar lejos de los ideales neoliberales de Rüstow sino que este comenzó a ser blanco de fuertes críticas por parte de los nacionalsocialistas por sus posiciones políticas de corte liberal, situación que lo obligó a exiliarse en Estambul hasta el año 1947.

reformas deseadas. El déficit de motivación en el que cae la propuesta de Buchanan es evidente, pues queda apelando a una audiencia que no percibe con demasiado interés los fundamentos de la economía acerca de por qué debe adherir al conjunto de directrices liberales. La implementación de una visión neoliberal tal como la conciben algunos de sus creadores debe esperar y ver como se realiza una versión diferente en algunos aspectos a la que ellos pensaron.

Desde el punto de vista de algunos críticos contemporáneos vivimos en tiempos donde el neoliberalismo ocupa espacios insospechados para muchos actores de la sociedad. (Brown, 2015, p. 14 - 45 y 2017) El neoliberalismo en la actualidad se expande mucho más allá de un mero régimen económico político e incluso más allá de los países en donde este se aplica. El neoliberalismo incluso se filtra en un conjunto de políticas que no se diría a primera vista que forman parte de esa ideología y que se las concebiría como parte de un estado de bienestar. (Lorey, 2015, p. 59 - 94) Desde esta perspectiva el neoliberalismo goza de una hegemonía pocas veces puesta en cuestión. Para muchos neoliberales, no obstante, el neoliberalismo tal como ellos lo pensaron no ha tenido lugar.

Referencias

- Biebricher, Th. (2018). *The political theory of neoliberalism*. California: Stanford University Press.
- Brown, W. (2015). *Undoing the Demos. Neoliberalism's Stealth Revolution*. New York: Zone Books.
- Brown, W. (2017). Neoliberalism and the economization of rights. En P. Deutscher y C. Lafont, *Critical Theory in Critical Times. Transforming the global political and economic order* (pp. 91 – 116). New York: Columbia University Press.
- Eucken, W. (2017). Structural transformations of the state and the crisis of capitalism. En Th. Biebricher y F. Vogelmann (Eds.), *German ordoliberalism and contemporary neoliberalism* (pp. 51 – 72). London: Rowman & Littlefield International.

- Friedman, M. y R. (1980). *Libertad de elegir*. Barcelona: Grijalbo.
- Friedman, R. y M. (2014). Chancen, die ich meine. Ein persönliches Bekenntnis (Auszug). En L. Herzog y A. Honneth, *Der Wert des Marktes. Ein ökonomisch-philosophischer Diskurs vom 18. Jahrhundert bis zur Gegenwart* (pp. 130 – 151). Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Hayek, F. (1981, 19 de abril). Friedrich von Hayek: líder y maestro del liberalismo económico. *El Mercurio*, pp. 8-9 (Entrevista reproducida en L. Santa Cruz (2000). *Conversaciones con la libertad* (pp. 50-51). Santiago de Chile: El Mercurio y Aguilar, Santiago.
- Hayek, F. (2000). *Camino de servidumbre*. Madrid: Alianza.
- Hayek, F. (2014). Der Weg zur Knechtschaft (Auszug). En L. Herzog y A. Honneth (Eds.), *Der Wert des Marktes. Ein ökonomisch-philosophischer Diskurs vom 18. Jahrhundert bis zur Gegenwart* (pp. 83 – 96). Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Lorey, I. (2015). *Die Regierung der Prekären*. Wien: Turia + Kant.
- Röpke, W. (1950). *The Social Crisis of Our Time*. Chicago: Chicago University Press.
- Rüstow, A. (2017). State policy and the necessary conditions for economic liberalism. En Th. Biebricher y F. Vogelmann (Eds.), *German ordoliberalism and contemporary neoliberalism* (pp. 143 – 149). London: Rowman & Littlefield International.